

EL PLAN ARIAS

El primer trimestre de 1987 ha mostrado un renovado apoyo de la comunidad internacional a los esfuerzos de Contadora por encontrar una solución política a la crisis centroamericana. Luego de 6 meses de gestiones negociadoras llenas de altos y bajos que no lograron superar el estancamiento producido por el fracaso del 6 de junio de 1986 —cuando no se alcanzó el consenso necesario para la suscripción del "Acta para la paz y la cooperación en Centroamérica"— Contadora relanzó con nuevos bríos sus iniciativas diplomáticas.

Entre el 17 y el 20 de enero de 1987, los 8 cancilleres de Contadora y de su Grupo de Apoyo, acompañados por los secretarios generales de la ONU y de la OEA, Javier Pérez de Cuéllar y Joao Baena Soares, respectivamente, hicieron una gira por los países centroamericanos. La gira no contemplaba ninguna nueva propuesta a los gobiernos del área. Los principales objetivos de la misión, según lo expresó el comunicado difundido el 21 de enero en México, al término de la visita eran "recabar la interpretación política de los jefes de Estado centroamericanos con relación a los problemas de la región; identificar las medidas que posibiliten la reanudación de las negociaciones; considerar acciones que pudieran contribuir a una solución pacífica y, de esta manera, proporcionar un clima de confianza recíproca entre los gobiernos del área."

Una vez más, los aliados centroamericanos de Estados Unidos —particularmente El Salvador y Honduras— se mantuvieron cerrilmente en sus viejas posiciones sobre la naturaleza del conflicto regional y el modo de resolverlo. Nicaragua volvió a aparecer como la responsable principal de la tensa situación bélica prevaliente en el área. Entre las observaciones formuladas a la misión pacificadora por el "Grupo de Tegucigalpa," sin embargo, destacó la propues-

ta del presidente Oscar Arias al plantear algunos puntos disonantes con lo que para Estados Unidos hubiera sido la formulación idónea del problema. Entre otras cosas, Arias sugería "un cese al fuego en la guerra interna en Nicaragua, el cual debe ir acompañado de una serie de medidas, entre ellas las elecciones, el diálogo con los grupos rebeldes" y —lo más desconcertante para la casa Blanca— el "cese por parte de Estados Unidos de la ayuda a los contrarrevolucionarios."

Nicaragua, por su parte, manifestó al "Grupo de los Diez" que solamente la suscripción de un acuerdo sobre normas básicas de Derecho Internacional por los cinco países centroamericanos podría asegurar las bases mínimas de confianza y distensión en el área. Asimismo, reiteró su disposición a reanudar el diálogo bilateral con Washington y a retomar las negociaciones para resolver los problemas fronterizos con Honduras y Costa Rica. Todavía más, se manifestó dispuesta a "ofrecer garantías a los nicaragüenses alzados en armas que deseen acogerse a una amnistía vigente." Finalmente, subrayó "la necesidad de crear mecanismos eficaces de verificación y control *in situ* sobre aspectos de no intervención, inviolabilidad de fronteras y no apoyo a grupos irregulares de ningún país centroamericano."

No obstante la buena voluntad nicaragüense, la misión del "Grupo de los Diez" no cosechó frutos demasiado concretos en favor de la distensión regional. En el comunicado suscrito en México, los 8 cancilleres sostenían que "los obstáculos mayores que dificultan el diálogo parecen ser resultado de concepciones distintas sobre la forma de abordar los problemas y promover las soluciones; de serias diferencias de naturaleza política, así como de la persistencia de actos que violan el derecho internacional." Por otro lado, sin embargo, la gira sirvió al menos

para relanzar una iniciativa de pacificación regional que previamente parecía, una vez más, moribunda. Por lo menos verbalmente, según el testimonio de los cancilleres, "todos los jefes de Estado centroamericanos manifestaron expresamente a la misión que el foro de Contadora sigue siendo el instrumento más adecuado para lograr una solución negociada al conflicto regional, lo que juzgamos fundamental para proseguir nuestros esfuerzos de paz en el área."

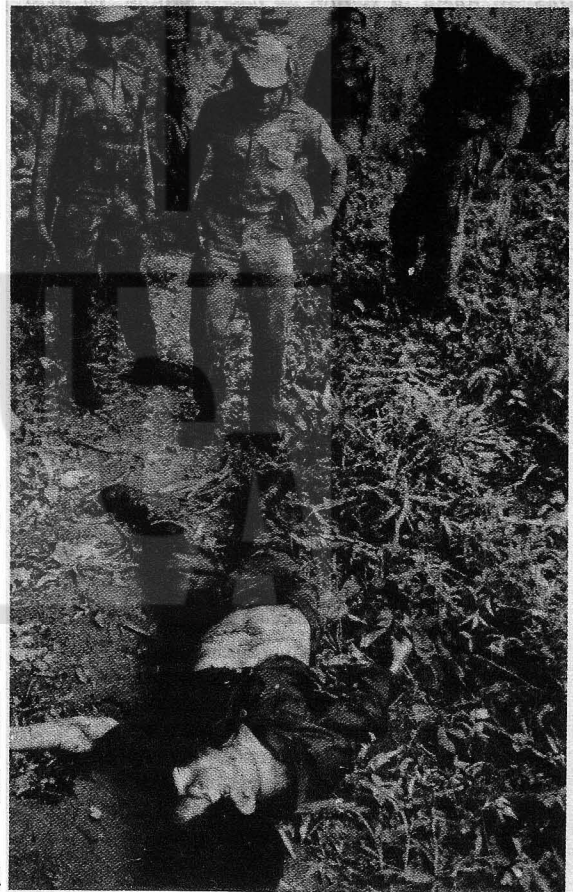
En febrero, a sólo dos semanas de haberse llevado a cabo la misión pacificadora, Contadora reinició la búsqueda de una solución política a la crisis centroamericana, esta vez con el aval explícito y formal de la Comunidad Económica Europea (CEE). Entre el 9 y el 11 de febrero, se efectuó en Guatemala la III Conferencia de Cancilleres de la CEE, Centroamérica y Contadora. Aunque el desarrollo del encuentro transcurrió en medio de fuertes discrepancias e incluso de bochornosos incidentes diplomáticos, lo cual hizo laborioso alcanzar el consenso para la formulación de la declaración política conjunta, el texto final de ésta reiteró que Contadora constituía "la única instancia viable para acceder a una solución política y negociada de la crisis regional," a la vez que exhortó, en una tácita alusión a Estados Unidos, "a los países que tengan vínculos e intereses en la región para que contribuyan efectivamente a la instauración de un clima favorable con el fin de que las negociaciones de Contadora lleguen a buen fin."

Cuatro días después, bajo la convocatoria del presidente Oscar Arias, se efectuó en San José una cumbre de los mandatarios centroamericanos, excluido el presidente Daniel Ortega, quien no fue invitado. En la cumbre se discutió una reelaboración mejor articulada de la propuesta del presidente Arias presentada al "Grupo de los Diez" a mediados de enero. La nueva propuesta contiene 10 puntos, entre ellos un nuevo llamado a la "reconciliación nacional" sobre la base de una amnistía y del diálogo interno, el cese del fuego y el desarrollo de un "auténtico proceso democrático, pluralista y participativo" basado en "elecciones libres," cuestiones todas ellas pensadas en principio para presionar a Nicaragua, aun cuando en un momento inmediatamente ulterior habrían de repercutir sobre la situación salvadoreña, precisamente favorecidas por el planteamiento de simetría entre las situaciones de El Salvador y Nicaragua, alentado anteriormente por Estados Unidos para forzar al gobierno nicaragüense a dialogar con "los contras" como el presidente Duarte lo estaba haciendo con el FMLN-FDR. Junto a los puntos anteriores, la propuesta de Arias plantea otra serie de cuestiones bastante menos gra-

tas a Estados Unidos, como la suspensión de la ayuda militar extranjera, la prohibición de que un Estado prestase su territorio para agredir a otro, la reducción de las dotaciones de armamento y la supervisión nacional e internacional encaminada a velar por el cumplimiento de los compromisos anteriores.

La propuesta de Arias —no obstante el anticipo de ella entregado al "Grupo de los Diez"— no dejó de sorprender a los actores del conflicto regional porque su formulación no parecía responder a las expectativas generadas. Antes de darse a conocer públicamente, el plan de Arias era considerado como una iniciativa que, bajo la cobertura de la presunta imagen internacional de la "neutralidad" costarricense, pretendía en último término presionar a Nicaragua en función de la estrategia geopolítica norteamericana para la zona, a la vez que permitiría desplazar del escenario regional a los grupos de Contadora y de Apoyo.

Por el contrario, el plan costarricense manifestó una inusual autonomía —relativa, desde luego— respecto de los lineamientos de la políti-



ca exterior norteamericana, planteando en términos suficientemente aceptables por Contadora los principios y mecanismos fundamentales para lograr un efectivo proceso de distensión regional. Desde la perspectiva de Contadora, según lo han formulado sus propios voceros, el principal valor de la propuesta de Arias estriba en abandonar el esquema unilateral usado por el Grupo de Tegucigalpa para interpretar el conflicto centroamericano y buscar las soluciones a partir de un planteamiento global de la crisis que incluye el papel intervencionista jugado por Estados Unidos. A la vista de ello, no resulta extraño que los gobiernos de Honduras y de El Salvador, más dóciles a las directrices de la Casa Blanca, hayan rehusado suscribir la iniciativa de Arias en la cumbre de San José.

A lo largo de marzo, la propuesta costarricense ha ido generando cada vez mayor consenso entre la comunidad internacional e incluso entre instancias que, como el Congreso norteamericano, no acaban de vencer los temores de que Nicaragua "exporte" su revolución al istmo centroamericano, pero que, al mismo tiempo, están persuadidas de que la política del gobierno de Reagan hacia la región es descabellada. El aval más entusiasta ha provenido justamente de los grupos de Contadora y de Apoyo, cuyos cancilleres, reunidos en Montevideo el 12 de marzo, acordaron "impulsar la propuesta de paz de Costa Rica para Centroamérica" y "apoyar la próxima reunión de presidentes en Esquipulas, como paso fundamental para destrabar la falta de diálogo en Centroamérica."

Correlativamente, las reservas de Washing-

ton frente a la propuesta han ido *in crescendo*. En un principio la Casa Blanca se limitó a no desechar la iniciativa; pero ahora encuentra en ella "serios defectos que deben ser corregidos." En consecuencia ha reiniciado las presiones diplomáticas para que sus aliados la objeten. Al menos en lo que respecta a El Salvador, la Casa Blanca no ha debido esforzarse demasiado. El 19 de marzo, de visita en Washington, el canciller salvadoreño Ricardo Acevedo Peralta declaró que "El Salvador y Estados Unidos coincidimos claramente en las observaciones al plan de paz para Centroamérica del presidente Oscar Arias." Según Acevedo Peralta, antes de pensar en suspender la asistencia militar a los antisandinistas, se debe haber "comprobado la existencia de la democracia en Nicaragua, ya que no creemos que haya paz duradera hasta que no haya democracia."

De momento, parece difícil anticipar el curso de todos estos dinamismos. Con todo, algo se ha avanzado en la línea de mostrar que los obstáculos mayores que entorpecen la pacificación regional no proceden de Nicaragua, sino de la política intervencionista de Estados Unidos. A la vista de los recelos que su propuesta ha suscitado en sus aliados del Grupo de Tegucigalpa, el propio presidente Arias ha empezado a percatarse de ello. No es anticipable que su plan de paz prospere, pero al menos puede contribuir a clarificar quiénes están a favor de la paz en Centroamérica y quiénes en contra. En momentos en que el escándalo Irán-contras está pendiente se trata de un servicio en modo alguno desdeñable a la causa centroamericana.